

Gran estadista, ruina de Estado

Santos Juliá, El País, 20 de agosto de 1997

Su trabajo le ha costado a la derecha española encontrar un santo patrono, pero al fin parece haberlo conseguido: Antonio Cánovas del Castillo corre el riesgo de subir a los altares, y cambiar el "Don" por el "San", a los cien años de haber caído abatido por la pistola de un anarquista italiano que pretendía vengar ese monumento a la infamia conocido con el nombre de Montjuich, el castillo maldito. Asesinado por un anarquista y denostado por los intelectuales, la estatura de Cánovas como hombre de Estado crece un metro cada día. Manuel Fraga, que se presentó en célebre conferencia como su reencarnación, debe de sonreír para sus adentros, al fin también él reivindicado frente a quienes, más ilusos o más ignorantes, pretendieron leer a Manuel Azaña en clave de tercera España, ni roja ni blanca, que valdría para alumbrar a la derecha la senda de la segunda transición.

Hombre de Estado, desde luego, pero ¿de qué Estado fue Cánovas gran hombre de Estado? Porque cuantos se llenan ahora la boca de Estado pasan como sobre ascuas por el tipo de Estado que Cánovas construyó para detenerse complacidos en la evocación de la larga paz civil y el silencio de los espadones que habría caracterizado a la monarquía restaurada. No se presta la atención debida a que, por debajo de tanta paz y de tanto silencio, lo que Cánovas construía era un Estado sin ciudadanos, lo que vale como disculpa de las prácticas fraudulentas en las que su ministro dilecto, Romero Robledo, desplegaba su impar maestría. En verdad, por más que se revise la figura del cacique, por más que se destaque el clima de libertad y tolerancia, y por muchas comparaciones que se establezcan, con Italia mejor que con Francia, la Restauración representó, en el plano del sistema de la política, y como enseguida denunciaría Antonio Maura, una gran simulación; una simulación que condujo directamente a su colapso.

Pues más allá del fraude generalizado en que consistió el sistema político, aquel Estado fue una ruina. Nada mejor que echar un vistazo a los presupuestos para saber de qué Estado se habla cuando se entonan las alabanzas de rigor a los grandes estadistas. Y el presupuesto del Estado español que Cánovas dejó en

herencia era como para haber seguido, antes de empecinarse en aventuras coloniales, el sensato consejo de don Juan Valera: reducir el ejército y no construir ni un barco en cincuenta años. Cánovas, sin embargo, se empeñó en una política de guerra colonial hasta el último hombre y hasta la última peseta, que frustró a los militares y dejó al Estado en manos de prestamistas y usureros: nada menos que 399 de los 865 millones de pesetas previstos para 1898 se destinaban al pago de la deuda, lo que significa algo más del 46 por ciento de todo el gasto consignado en el presupuesto del Estado. Un Estado en bancarrota: de tal Estado fue Cánovas gran estadista.

En bancarrota y analfabeto. Si se tiene un poco más de curiosidad y se paran los ojos en lo que se destinaba a enseñanza primaria hay para contraer todos los dolores de España que aquejaron a los agónicos profetas del 98. Nada, poco más del cero por ciento destinaba el Estado de aquel gran hombre de Estado a la enseñanza primaria. Se dirá: es que la enseñanza primaria corría a cargo de los Ayuntamientos. Y así era, en efecto, pero entonces habrá que recordar que los municipios de aquella España de progreso debían a los maestros en febrero de 1898 nueve millones de pesetas, una tercera parte del total de sus salarios. Si el Estado era una ruina, los maestros eran unos muertos de hambre obligados a recorrer la parroquia con la escudilla en la mano por si los padres de sus pupilos les echaban un puñado de harina, una docena de huevos. El resultado es fácil de colegir: alrededor del 65 por ciento de los españoles era, hace hoy un siglo, analfabeto. Tras 25 años de monarquía constitucional, liberal, de progreso y de paz, dos de cada tres españoles no sabían leer ni escribir. La escuela primaria, la joya de la Tercera República francesa, esa gran agencia de nacionalización que, junto al servicio militar, convirtió a los campesinos en franceses, según contó Eugen Weber en un hermoso libro, brillaba por su ausencia en España.

Un sistema político fraudulento, un Estado en la ruina, una sociedad analfabeta: así estaban las cosas cuando los americanos echaron a pique en Filipinas y en Cuba a toda la escuadra española, un desastre cuya desolada visión aquel anarquista italiano ahorró a don Antonio Cánovas. En todo caso, un Estado condenado a desaparecer si no se procedía a una revolución desde arriba, como pretendía Maura; o a una reforma de la Constitución, como quisieron los republicanos gubernamentales. Ahora bien, para emprender la

imprescindible reforma constitucional, se requería el beneplácito regio y el permiso del ejército. Y ahí fue donde todos comenzaron a darse de bruces con la piedra angular del edificio construido por aquel gran estadista: acostumbrado a tratar con niños y señoras, Cánovas no previó qué podría ocurrir cuando un rey se creyera de verdad, además de hombre, soldado, y pretendiera dirigir la política y la milicia. Silenció a los espadones, cierto, o más bien hizo que desviarán la mirada allende los mares: España estuvo en guerra durante casi todo ese periodo que hoy se nos pinta de paz; con las colonias ya podían entretenerse los militares. Pero cuando el entretenimiento hubo acabado y los militares comenzaron a hurgarse en las llagas, emergió en toda su desnudez lo que nunca había desaparecido: el militarismo, esta vez coronado en la persona de un rey que se confundió sobre su misión debido a que la Constitución de la Monarquía restaurada lo convertía de hecho en líder de la política y en jefe de la milicia.

Y así fue como vino a derrumbarse aquel invento. Por supuesto, sería inicuo culpar a Cánovas del hundimiento de su constitución, que le sobrevivió otros 25 años. Pero más inicuo es culpar a no se sabe qué izquierda antiliberal, como empieza a ser la moda. La monarquía constitucional no sucumbió ante una marea de republicanismo ni ante una revolución obrera sino ante un golpe de Estado militar, si no de real orden, sí de real regocijo. Porque con tanto festejo liberal-conservador y con tanta exaltación de la continuidad profunda de nuestra historia, parece como si quienes se hubieran cargado el edificio de Cánovas hayan sido los republicanos y socialistas que un buen día decidieron traicionar la libertad de la que tanto alardeaban y quebrar la gran tradición liberal de la derecha española representada por Antonio Cánovas del Castillo. Y no; la verdad escueta es que la Monarquía constitucional levantada por Cánovas cayó bajo el insoportable peso de las dos criaturas más mimadas de la Restauración: un general que sintió sobre su hombro el suave empuje de un rey.